

OBRA DE CARIDAD

## O B R A D E C A R I D A D

Acababa de oscurecer y la pequeña criatura no se dormía. Gritaba sin cesar, y Tomasa, su pobre madre, no sabía de momento, si su llanto obedecía al frío o a <sup>la</sup> falta de alimentación. Para la buena madre, cortar el frío en la niña, era cosa fácil, de fácil solución; no así detenerle el hambre, que resultó ser lo que tenía y lo que descubrió después de haberla arropado convenientemente, por carecer de alimentos que tan siquiera pudieran mitigársela.

¡¡Qué desesperación!! Su esposo, Carmelo Sierra, no llegaba y en su compañía sólo estaba una hija de crianza llamada Lola, que para mayor desventura, en aquellos momentos, por ser de noche, no se atrevía salir a la calle a tomar prestado algún dinero y comprar algo para alimentar a la infeliz chiquilla que continuaba llorando, desesperada, en su humilde cuna.

La madre, decidida a resolver aquella precaria situación, deja a la niña con Lola y se lanza a la calle, en pos de <sup>la</sup> caridad. Poco acostumbrada a tan enojosa empresa, como le era la de pedir dinero o tomar a fiado, se sintió abatida al llegar a la primera esquina. El vecino de enfrente, Don Laureano Rissete, hombre acomodado y humanitario, la ve y se imagina que una necesidad imperiosa la ha obligado a salir tan afectada. Se le acerca y le pregunta qué le sucede; pero ella, sin recursos para contestar, permanece callada. -Es duro decir la verdad.- Insiste el señor, la convence y ella resuelve explicar (explicar) lo que la obliga a estar por la calle a esa hora, y con voz entrecortada le contesta: "Hay ~~h~~ hambre en mi casa; mi niña llora; mi esposo, Carmelo Sierra, no ha llegado aún. Eso es todo." Don Laureano se desprende de unas cuantas pesetas, que deja caer en las manos temblorosas de Tomasa, y a la vez le dice: "Remédiese, señora y recobre su estado de ánimo." Tomasa no tuvo valor ni para despedirse de él, ni mucho menos para darle las gracias. Corrió como loca, y allegándose a la tienda más próxima, adquirió varios artículos apropiados, que llevó

consigo a su casa, y con ellos, convenientemente preparados, alimentó a la pobre criatura que lloraba sin consuelo.

La noche había entrado ya por completo. Eran más de las nueve y Carmelo Sierra no asomaba. Tranquila la niña, decide Tomasa volver a la calle para ver si lo localizaba. Sale y llega a la esquina de la plaza en los momentos en que un lujoso automóvil, con luces deslumbrantes y poblado de caras risueñas, cruzaba la calle a poca velocidad. Parece que una de las ocupantes del vehículo conoce a Tomasa, que se ha detenido en una acera, y a los pocos segundos vuelve a cruzar por este sitio y aquí se detiene. Rápidamente desciende del vehículo una dama elegantemente vestida y se abalanza sobre Tomasa, la besa en la frente y le pregunta: ¿Tomasa, por qué estás tan triste? ¿Qué es lo que te pasa? Tomasa estaba compunjada, atemorizada. La pasajera del vehículo es una amiga de su infancia, con quien jugó en su niñez. Su nombre es Carlota Patértene. Ambas habían nacido en Lagunas, pequeña villa de la isla Pinos y cuando llegaron a grandes, el destino las separó a sitios distintos. Tomasa no fue protegida por la suerte. Casó con un hombre pobre, pero laborioso y bueno, y Carlota, por el contrario, se unió a un acaudalado comerciante. Reconocidas, después de un corto cambio de palabras, decide Carlota visitar a su amiga y hace que el automóvil se detenga allí hasta su regreso. Después de permanecer por algunos minutos en la casa de su amiga y de obsequiarla con algún dinero, regresa hasta donde estaba el vehículo esperándola y ocupando su asiento, sigue en marcha con sus amigas. Van sin rumbo. Están de paseo. Carlota informó a sus acompañantes quien era Tomasa, y todas, regocijadas, aceptaron con júbilo la acción generosa de ella para con su amiga.

Tomasa, un tanto agradecida por la generosidad de Don Laureano y complacida por el recuerdo de su amiga Carlota, a quien no pensaba ver en esta ocasión y de quien no se recordaba, recobra por completo su normalidad y decide volver a la calle en busca de su marido que no daba trazas de aparecer. Sale, y en esta ocasión no se queda en

la esquina. Va más adelante. Camina un kilómetro hacia afuera de la población y se sitúa frente a un edificio en reparación. Aquí está trabajando su esposo. No bien llegó a este sitio, vió luces, sintió voces y ruidos indicativos de que aún, a aquella hora se trabajaba. Es casi media noche. Trata de localizar la puerta de entrada y logra encontrarla. El guardián o portero está al frente y a éste se dirige preguntándole por su esposo. El portero reconoce el estado de ánimo y de intranquilidad de la señora y a viva voz llama: "¡Carmelo Sierra! ¡Carmelo Sierra! Tenga la bondad de venir a la puerta. Lo solicitan." Inmediatamente se presenta Carmelo, quien conturbado por completo, al ver a su esposa por allí, la requiere para que le informe si algo anormal ha sucedido en su hogar. Tomasa, acto seguido, le relata lo sucedido. El, conmovido, por lo que ella le dice, se desespera y salen juntos para su casa. Llegan y para tranquilidad de ambos, la niña dormía y Lola permanecía en un rincón, pendiente del regreso de la dueña de la casa.

¿Por qué el esposo de Tomasa no había regresado a su casa como de costumbre? ¡Ah! Hombre acostumbrado al trabajo; fiel cumplidor de lo que promete, había ofrecido permanecer en su labor, por algunas horas extras con otros trabajadores. Así lo había hecho, olvidándose por completo de la obligación que tenía de regresar a su casa temprano, pero cumplía con otro compromiso de antemano contraído. La buena esposa, convencida de la veracidad de lo que su compañero había prometido, vuélvese con él al trabajo, luego de dejar acomodada a la niña y a Lola.

Allá, en el trabajo, en el edificio, permanecen juntos, hasta que su compañero cumple su compromiso. El dueño del edificio en reparación, se compadece de Carmelo y lo recompensa con un regalo en metálico, para que pague lo que su esposa había recibido de Don Laureano.

De retorno a su hogar, pasan por la casa de Don Laureano, en donde éste descansa y lo llaman. El se levanta y al pretender Carmelo devolverle el dinero que horas antes había facilitado a su esposa, se niega a recibirlo y con una frase cariñosa, propia de las personas caritativas, le responde: "Los favores no se pagan. Uno hice a su buena compañera, porque estaba necesitada. Nada me debe".

Carmelo y Tomasa, después de dar muestras de agradecimiento a Don Laureano, regresan a su hogar en altas horas de la madrugada. Ambos habían cumplido con su deber.

VICTOR IGARTUA